

JUAN LUIS GALLARDO

DERROÑADAS
APUNTES DE UN PARACAIDISTA ARGENTINO

oo00oo

A la memoria de
Gildo y Rosario

Contenido

DERROÑADAS APUNTES DE UN PARACAIDISTA ARGENTINO	1
NOTICIA PREVIA	2
DERROÑADAS apuntes de un paracaidista argentino.....	4
TRÍPTICO CASTELLANO	59
DESCENSO DEL DUERO	59
PUEBLO DE SORIA	60
MISA EN DERROÑADAS	61

NOTICIA PREVIA

Para organizar esta publicación reuní el material siguiente: los apuntes mencionados en su título, que redacté e ilustré a raíz de mi primera visita a Derroñadas, en agosto del 2001, y que apenas retoqué ahora, actualizándolos parcialmente mediante unas pocas notas de pie de página; tres sonetos que compuse en el 2007, durante mi segunda incursión; una serie de dibujos que hice al año siguiente, verano boreal del 2008, en ocasión de mi tercera estadía; y, por último, cuatro sonetos que escribí en mi cuarta incursión, que tuvo lugar entre agosto y septiembre del 2009.

El texto no es fruto de esfuerzo alguno, pues lo redacté al correr de la pluma, en base a lo visto y oído en gratos paseos y amenas conversaciones. Respecto a los dibujos, realizarlos resultó un agradable entretenimiento. Aclaro, finalmente, que me propuse editar el presente volumen para testimoniar mi afecto hacia un

rincón de Castilla entrañablemente vinculado con la familia de Rosario, mi mujer, y poblado además por gente cordial y hospitalaria.

En algún momento se me ocurrió actualizar estos apuntes pero, después de considerar la posibilidad, preferí dejarlos como están, por resultar así más frescos y espontáneos.

J. L. G.

DERROÑADAS

apuntes de un paracaidista argentino

-¿Desde cuando están ustedes aquí?- le pregunté a Gildo el día de nuestra llegada.

-Hombre, desde siempre- me respondió mi suegro, con toda naturalidad.

Pero empecemos por dar razón de mi presencia en “La Torreta”, sita en el pueblo de Derroñadas, entre los de El Royo y Langosto, provincia de Soria, a veintitantos kilómetros de la ciudad capital, en la Vega del Cintora, cruzada por el Duero que nace en las alturas próximas del Urbión.

Ocurrió que en mayo de 1999 este cronista, viudo a la sazón, contrajo nuevas nupcias con Rosario García O’Neill, hija de Hermenegildo García Llorente y de Rosario O’Neill Castrillo. La ceremonia respectiva tuvo lugar en la Capilla del Museo, dedicada a Nuestra Señora de las Aguas, Sevilla. Ofició el presbítero doctor Juan María Gallardo quien, en la homilía que pronunció aquel día, confesó a los asistentes no tener mayor experiencia en eso de casar a su padre.

Instalados con Rosario en la Argentina, viajamos un par de veces para pasar una temporada con su familia, en Sevilla. Pero, en esta oportunidad, decidimos reemplazar nuestra periódica visita a Andalucía por una estadía en Derroñadas, donde los García se reúnen durante el verano, en un reiterado retorno al lar ancestral, en el cual se hallan “desde siempre”, según me explicara Gildo, de manera sencilla y sugerente.

En Castilla decir “desde siempre” quiere decir “desde siempre”. Con alcances desacostumbrados para los americanos, cuyo ingreso en la Historia es de corta data.

¿Qué quiso decir Gildo al informarme que los suyos están aquí desde siempre?

Pues nada más ni nada menos que ya habitaban estos valles desde que los celtas se mezclaron con los íberos, dando origen a los celtíberos. Quienes resistieron heroicamente a los romanos en Numancia, cuyas ruinas no están lejos. Resistencia que determinó la edificación de numerosos “castros”, estratégicamente situados. Sobre las ruinas de uno de ellos se alzó la capilla dedicada a la

Virgen del Castillo, patrona de Derroñadas y de otros poblados próximos.

Esto significa aquí “desde siempre”. Es hablar de íberos y celtíberos. De *pelendones* y *arévacos*, es decir de las tribus que vivían arriba, en la montaña, o que habitaban los valles. Es hablar de romanos y de moros. Amén de referirse a las mesnadas acaudilladas por el Cid, que dicen descansó bajo ciertos robles de la zona, aún en pie.

Estudiosos de la Sagrada Escritura afirman que, para los judíos, el nombre hacía a la naturaleza de aquello que designan. Sea así o no, creo en la importancia, la elocuencia y la aptitud descriptiva de los nombres por sí mismos, despojados de acotaciones y correlatos. Por eso estimo que la mera transcripción de algunos sirve para situarse en esta región, para introducirse en su idiosincrasia peculiar. Siguen los de pueblos, villas y villorrios lugareños, tomados a modo de muestra: *Valdeavellanos de Tera*, *Sotillo del Rincón*, *Aldealseñor*, *Ventosilla de San Juan*, *Vilviestre de los Nabos*, *Villaciervos* y *Villaciervitos*, *Carbonera de Frentes*, *Torrearevalo*, *Pedrajas*, *Castilfrío de la Sierra*, *Renieblas*, *Fuentelfresno*, *Pinilla de Caradueña...*

También los nombres de pila y los apelativos locales tienen lo suyo, según me lo demostraron con variedad de ejemplos José Luis Hernández Ros y a Antonio Segura (sobrino del cardenal).

¿Qué quiere decir Derroñadas?: algunos dicen que *cantos rodados*. Nombre que justificaría la abundante presencia de muchos de ellos –morenas de fondo de glaciar- grises, negros, amarillos, muy pulidos.

¿Y qué quieren decir El Royo y Langosto, nombres de los dos pueblos vecinos a Derroñadas? El primero aludiría al Rollo de Justicia, al cual se parece un crucero plantado en la encrucijada de caminos próxima a la plaza lugareña. En cuanto a Langosto, no se sabe, aunque podría derivar de que el poblado, poco más que un caserío, se reduce a una angosta sucesión de construcciones que bordean el camino, entre ellas una iglesia vieja y robusta.

En todo caso, no falta quien niegue todas estas versiones toponímicas y aduzca otras, menos convincentes.

A Derroñadas se llega por una ruta secundaria, de doble mano, desprendida de la que une Soria con Burgos. Corre por uno de los valles paralelos que acompañan el curso del Duero (del Padre

Duero), al cual cruza por un puente que apenas permite el paso de un solo coche por vez. El río, que a esta altura tendrá unos treinta metros de ancho, muestra islotes de nenúfares en su superficie rizada por la veloz corriente.

Al costado de la ruta se observan pinos, fresnos, algún olmo, carrascas o carrascos y muchos robles, de gruesos troncos, menor altura y hojas más chicas que en la Argentina.

Alcanzada la Vega del Cintora, el camino faldea la sierra que tiene a su derecha y, superados Hinojosa y Langosto, nos pone en Derroñadas. A la cual subimos por una calle llamada Hermenegildo García.

En Derroñadas los García son algo más que vecinos caracterizados, bifurcado el viejo tronco familiar en innumerables ramas. Cuyo detalle jamás podrá memorizar un paracaidista como el suscripto, aunque se empeñara en hacerlo.

Prado García, García Hernández Ros, Bellosillo García, García Llorente, Gándara García son, a la fecha, gajos capitales de la intrincada fronda.

Sólo como referencia ilustrativa diré que, en un valle vecino a Derroñadas, aguas arriba del Duero y próxima a la presa (“pantano”) de La Cuerda del Pozo, se encuentra la localidad de Vinuesa. De donde emigró a la Argentina Galo Llorente en 1865, siendo un chico de 14 ó 15 años. Casó en Buenos Aires con Catalina Labrué Carrasco, de ascendencia francesa y argentina. Una hija de ese matrimonio, Genara, casaría en mi tierra con Hermenegildo García Verde, hijo de Hermenegildo García Sanz, natural de El Royo, y de Cándida Verde, nacida en Derroñadas. A esta rama García Llorente pertenece Gildo, argentino nativo y padre de Rosario.

Al igual que su hermano Hermenegildo, emigró a la Argentina Eusebio García Sanz, casado con Manuela Verde, hermana de Cándida. Y ambos hermanos “harían la América”, ya que con sólidas fortunas regresarían a sus lares como “indianos ricos”. Junto con otros vecinos, pletóricos de espíritu solidario, crearían una fundación benéfica a la que se impuso un nombre muy propio de la época: “La Filantrópica”. Y, a título personal, realizaron obras de beneficencia decididamente importantes: un colegio para varones y uno para niñas donde, además, funcionaría un asilo. Los edificios respectivos prestan aún servicios y llaman la atención por su tamaño y la nobleza de su fábrica. En cuanto a “La Filantrópica”, construyó caminos y desagües, habilitó fuentes y edificó un frontón

ante la iglesia de El Royo, hecho en piedra, abierto, con una corta pared izquierda.

Para ellos y sus familias los hermanos alzaron sendas viviendas. Hermenegildo “La Casa Grande”, resultado de la ampliación y mejora de una ya existente. Y Eusebio “La Torreña”, donde estoy viviendo.

Paso a ocuparme de “La Torreña”. A propósito de la cual me dijeron que es de estilo francés. Pero que yo definiría como italianizante. Una inscripción informa que se terminó de edificar en 1902.

“La Torreña” tiene ese aire de tiempos mejores que también se advierte en las estancias argentinas finiseculares. Y, como ellas, mantiene la dignidad de haber sido concebida con amplitud de miras. Discrepa con su entorno, como esos cascos de estilo Tudor o Normando, mal avenidos con una pampa pródiga en arenas y ventarrones. Revela el empeño puesto en conservarla y la excelente calidad de los materiales empleados en ella ha detenido su decadencia. Cosa que no siempre ocurre con las estancias nuestras, tantas venidas a menos junto con las familias que las poseyeron.

Su interior respira el ambiente peculiar de las casas de veraneo: muebles heterogéneos, cuadros pendientes de clavos hincados para sostener otros de tamaño diferente, baños modernizados al compás de los avances producidos en materia sanitaria, fotografías de abuelos con ropa clara y sombreros blandos, juguetes con deterioros que reavivan el interés de los chicos de un año para otro.

Probablemente el ámbito que suscita mayor curiosidad al visitante de “La Torreta” sea, precisamente, ésta. Con su aspecto de faro de Julio Verne, sus cristales azules y blancos, su pequeña cúpula moscovita de zinc, su barandilla de hierro limitando una plataforma desde la que se avizora un panorama estupendo.

Trepar hasta la cima de este mirador supone cierto riesgo: la escalerita de madera cruje y algún peldaño podría ceder en cualquier momento. Se huele la presencia de los murciélagos, que habrán de manifestarse con las primeras sombras.

También llama la atención un oratorio, con vitrales y todo, situado en el primer piso. En él pasaba horas Eusebio García Sanz, viudo inconsolable de Manuela Verde, cuyo retrato de cuerpo entero ocupa el fondo del recinto, clavando una intensa mirada en la nuca de quien se detenga allí, cara al altar de madera pintada.

En cuanto a la vida cotidiana en “La Torreta”, tiene todo el atractivo de la vida en vacaciones. Comienza con un “despertar católico”, o sea cuando Dios quiera. Desayuno con pan fresco y mermelada. Una copa de vino y chorizo soriano (el mejor del mundo) suelen preceder al almuerzo, que comienza después de las 3 de la tarde. Merienda, misa vespertina en la residencia (ex colegio de varones fundado por los García), comida hacia las 11 de la noche y “luces apagadas” entre la una y dos de la madrugada. Corrimiento de horarios que no discrepa con el carácter metódico de Gildo, ya que él se sigue rigiendo mentalmente por la hora solar, adelantada dos en esta época del año.

Aunque hay una cocina auxiliar de gas, normalmente se emplea la de leña, fundida en hierro con detalles de bronce. La gran despensa, reabastecida semanalmente, está en el entresuelo y recuerda también a las de nuestras estancias.

El terreno que rodea la casa es extenso, cercado por una verja influida por el “art nouveau”, transparentando el pasto escaso un suelo reseco y amarillento. En su perímetro hay varios frutales, un roble espléndido y una bomba de mano, fuera de uso, rodeada por macetas con geranios que cuida Rosario madre. Y hay víboras. Venenosas. Que viven en cuevas y grietas sin que sean motivo de mayor preocupación. Aunque una de ellas haya picado veranos atrás a Juan, sobrino de mi mujer e hijo de Angelita y Felipe, que

casi no cuenta el cuento. Juan explicaría el caso informando que confundió la víbora con una lagartija, sin reparar en que “no tenía patas”.

Lagartijas se ven muchas, sociables y veloces. En las alturas vuelan cuervos (acaso grajos). Y abundan las moscas.

La comida es “sana, abundante y bien condimentada”, como dijera aquel guarango después de almorzar en casa del presidente Manuel Quintana. Y el vino no escasea.

A propósito de vino, Gildo aprendió de Florencio, el pastor, a tomarlo en bota cuando, siendo muy chico, lo llevaba al monte (monte es aquí montaña) antes que amaneciera. Ocasiones en las que Florencio solía decir, rindiendo homenaje al mosto y antes de exprimir la bota:

¡Oh licor de los licores,
nacido entre verdes matas,
que a los hombres más valientes
los haces andar a gatas!

Derroñadas es un pueblo desmadejado, con la mayoría de sus casas separadas entre sí, dispersas en la falda de El Berrocal donde se apoya. Su núcleo está en la iglesia de San Juan Evangelista, quien aparece a la derecha del retablo principal, metido en un marmitón colgado sobre una hoguera de rígidas llamas coloradas. El templo es admirable, con mucho de románico y algo de gótico, viejo de toda vejez, macizo, con paredes sostenidas por arbotantes y una torre petiza de sección cuadrada. Los altares son barrocos, parcialmente dorados, con profusión de santos mezclados sin orden ni concierto. Las nervaduras de piedra, que suben hasta cerrar bóvedas apenas apuntadas en ojiva, se destacan contra el blanco de la cal. Y el ambiente está transido por la fragancia que exhalan las tablas del piso, de madera de enebro. La Virgen del Rosario, coronada y con Niño, sale de allí en procesión el 15 de agosto por las calles del pueblo, llevadas las andas por mujeres.

Para hacer en Derroñadas una visita al Santísimo se debe acudir a casa de Tomás, a la vez sacristán y alcalde del lugar, para descolgar de junto a la entrada dos llaves enormes, de hierro, que se retornan a su lugar luego de abrir y cerrar la puerta del templo, de madera dura, labrada.

Junto a la iglesia se mantienen en pie los troncos carcomidos de dos olmos gigantescos, secos. Me explican que, por algún

motivo que no está claro, son siempre olmos los árboles plantados a la vera de las iglesias castellanas.

Buena parte de las casas responde a la fábrica propia de la zona. Son de piedra amarillenta, sin revocar, con ventanas chicas y techos de teja algo gibosos, sostenidos por anchas vigas desbastadas a filo de hachuela.

Contrastan con este tipo de edificación dominante “La Torreta”, el Asilo y parte de “La Casa Grande”, amén de varias construcciones recientes, más o menos discordantes.

Las ramas familiares se han agrupado espontáneamente, en parte como consecuencia de la división o indivisión de condominios hereditarios. Imagino el galimatías catastral que puede resultar de estas situaciones inmobiliarias derivadas de testamentos ológrafos, legados verbales, mandas genéricas y planteos de hecho.

Situaciones todas que, antes de establecerse registros formales, resolvía aquí “El Hombre Bueno”, vecino espectral que dilucidaba éstas y otras cuestiones de manera inapelable, a verdad sabida y buena fe guardada. Cierta ascendiente de los García desempeñó tal función, honoraria por supuesto.

A partir del centro impreciso del pueblo, constituido por la iglesia, se puede bajar hacia el valle por unas pocas calles o subir hacia el monte por sendas bordeadas con cercas de piedra, que ondulan entre árboles y arbustos para acceder a casas de la periferia, a alguna fuente que recoge aguas bajadas de las alturas por secretas venas, a prados de traza irregular o al cementerio local. Cementerio y prados merecen sendos párrafos.

Por lo general los prados son, como dije, irregulares. Aunque haya alguno debidamente escuadrado. Están delimitados por cercas, construidas en parte con las piedras pacientemente retiradas de su superficie. El pasto se mantiene corto y, a veces, dentro del perímetro cercado se yerguen, salpicados, robles o fresnos de buen porte. La finalidad de los prados es suministrar forraje para las pocas vacas y ovejas que se ven o permitir sembrar en ellos un trigo duro que, en esta época, pinta los valles de amarillo. Las ovejas son feas, primitivas, de patas largas y trompas aguileñas, descendientes seguramente de aquellas merinas que poblaran Castilla, famosas por la finura de su lana. Las vacas son pequeñas, lecheras, de pelaje agamuzado, y recuerdan las Jersey y las Suizas.

El cementerio es un cuadrado situado en una altura, rodeado de tapias altas, con un pórtico neoclásico de piedra. A través de un

portoncito de hierro, clausurado por una cadena con candado, se observan dentro dos docenas de tumbas: algunas más antiguas, al amparo de cruces sencillas y oxidadas; otras, modernas, de mármoles lustrosos con letras niqueladas.

Aunque señalé que aquí no abundan vacas ni ovejas, un sonido es característico del atardecer en Derroñadas: el de algún cencerro (esquila) que gotea en el silencio vespertino.

No obstante el papel que juegan los García, en Derroñadas otras familias tienen relevancia manifiesta. Una de ellas es la de Sanz, parientes de aquéllos y conocidos como los Pataganes aunque no se sepa bien por qué.

El general Juan Vigón, hijo del general Vigón, padre del teniente coronel Vigón, hermano de otro general Vigón y del almirante Vigón, amén de sobrino de un tercer general Vigón, expresaba su admiración por Antonio el Patagán, de quien decía que “es el mejor furtivo de España”. Tuve el gusto de conocerlo días atrás. Fuerte, nervudo, andarín infatigable, de corta estatura, dientes pocos y arrugas muchas, casi al rape el pelo blanco, vive

calle por medio con “La Torreta”. Un ojo de menos y una herida que lo hace cojear son secuelas de sus correrías por el monte.

Su simpatía por mi hermana María Jesús, viuda de José Ramón, hermano de Gildo, que pasó una larga temporada en Derroñadas, determinó que yo le cayera bien a Antonio, por carácter transitivo. Me hizo pasar a su casa para mostrarme la cabeza embalsamada del jabalí que le hirió en la pierna y que, como escarmiento ejemplar, ha colocado sobre una puerta interior. También me mostró la de un ciervo con astas de varias puntas, a cuyo respecto me aclaró: “no es muy bueno, pero para cazar éstos yo no pago”. Corroborando así el elogio formulado por el general Vigón.

Como cabe deducir de lo que antecede, en la zona hay caza. Ciervos, corzos, zorros, jabalíes. Lobos casi no quedan. Y el último oso parece que lo mató un Torroba, en Vinuesa.

Se cuenta que el párroco de Vilviestre de los Nabos era aficionado a cazar y exagerado. Regresó un día del monte afirmando haber matado quince lobos. Ante lo cual un cauto feligrés replicó: “menos lobos, señor cura”. Con lo que vino a acuñar un dicho que se repite en estos pagos cuando viene al caso.

Y que me recuerda lo que se contaba en los míos respecto a que míster Best, mayordomo inglés de “El Tordillo”, volvió una mañana afirmando haber visto quinientas víboras junto a la laguna. Cosa que llevó a que el peón que le recibió el caballo observara, incrédulo y respetuoso:

-¿Quinientas víboras? Vea que son muchas víboras, don Roberto.

-Bueno- admitió éste –serían doscientos *vívoros*.

-¿Doscientas...? Siguen siendo muchas víboras.

-Está bien. Cincuenta *vívoros* y no le rebajo un *vívoro* más.

Según corresponde en localidades vecinas, existe cierta rivalidad entre Derroñadas y El Royo. Derroñadas es más antigua y fue sede de arciprestazgo. El Royo es hoy más importante y, como pueblo, está planteado de manera más orgánica que aquélla, con su plaza, su iglesia coronada por un nido de cigüeñas y, frente a la misma, el frontón de piedra construido por “La Filantrópica”, donde ya no se juega a mano sino con raquetas y pelotas de tenis medio peladas.

Hay tres bares en El Royo y se puede optar por “El Royanito”, el “Cintora” o el de Floro. En este último un cartel reza:

LEY DEL BAR
Ángel de la Guarda,
que guardas los pecadores,
protege este local
de los malos pagadores.

Los Medrano son también familia arraigada en el lugar. María fue “la señorita” de Rosario y sus hermanas. Les enseñó cantidad de cosas, vivió con ellos también en Andalucía, murió aquí no hace mucho y, pese a ser seria y exigente como buena soriana, Rosario se conmueve al recordarla. Estuvimos días pasados con uno de sus hermanos, que tiene negocio de carnicería y al cual vimos pasar luego tras un rebaño de ovejas.

Cerca de la iglesia de Derroñadas vive Carmen López Vargas, andaluza, que también fuera “tata” (niñera, institutriz) de los chicos García O’Neill, casada con Cándido Martínez, soriano, ambos cordiales y simpáticos a más no poder.

En Castilla se anda. Contrariamente a lo que ocurre en la Argentina (resabio quizá de que los argentinos hayan sido alguna vez un pueblo ecuestre), todo el mundo camina. Y lo hace con gusto. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pasean a pie. A toda hora, salvo las más rigurosas del mediodía y preferentemente al caer la tarde, se topa con alguien que disfruta sus paseos, más o menos largos, charlando en compañía o, sencillamente, tomando el aire. Y son muchos los que llevan bastón. “Es bueno usarlo antes de que haga falta” dice Gildo.

Por cierto que yo no perdí la oportunidad de hacerme de uno. Casi todos los que veo se parecen a los que fabricaba Valentín Carrera, el quintero leonés de Huinca Hué. Y se justifica su empleo. Porque se está trepando siempre. Contra toda lógica, aquí a una subida sigue siempre otra subida.

Anteayer volvíamos de El Royo, pendiente arriba y algo agitados. Rosario se detuvo para saludar a una mujer conocida que comentó: “las cuestas cuestan”. Anécdota menuda que ilustra sobre dos características lugareñas: saludar siempre al que pasa y acuñar sentencias, precisas e inapelables.

Ayer fuimos en coche a Vinuesa, patria chica de los Llorente. Por el camino empiezan a abundar los pinos y se rodea un extremo del embalse La Cuerda del Pozo. Impresiona ver asomarse del agua la torre de una iglesia, perteneciente a un pueblo que debió anegarse.

Vinuesa está edificada sobre una margen del Revinuesa, un río chico que desagua pronto en el Duero. Es una ciudad relativamente importante, con muchas buenas casas de piedra sobre cuyos portales lucen escudos, fechas y lemas. La iglesia es grande, conijos herrerianos y un retablo policromo de buena factura. En el frente, como en tantas otras iglesias españolas, aparecen grabados en una placa los nombres de los hijos del lugar muertos por Dios y por la Patria durante la Guerra Civil. Como homenaje, aunque él no fuera lugareño, encabeza la nómina el nombre de José Antonio.

La guerra no se hizo sentir por esta zona, plegada tempranamente al Alzamiento. Hubo un intento por evitarlo, llevado a cabo por los obreros que estaban haciendo la presa y que pretendieron avanzar sobre los pueblos próximos para hacerse de armas. Intento que frustraron los hermanos Torroba –falangistas y parientes de los Llorente- quienes, junto con un puñado de Guardias Civiles, bien armados y estratégicamente apostados, los

dispersaron a tiros. Actuación que salvó la vida del ingeniero inglés que dirigía las obras, el cual se ordenó más tarde sacerdote católico y, en señal de agradecimiento, volvía periódicamente a Vinuesa para visitar a sus salvadores.

Como los rebaños se han ido reduciendo, perros se ven pocos. Uno de ellos, digno de mención, es un magnífico mastín propiedad de Antonio el Patagán, que está a cargo de sus ovejas pero que, de vez en cuando, las deja a buen recaudo, se viene a Derroñadas en rápida patrulla de inspección y, luego de comprobar que todo está como debe estar, regresa para continuar sus tareas de guardián.

También cabe aclarar que aquí una majada no es un conjunto de ovejas sino el lugar donde se las encierra a cubierto.

Nos ha invitado Carmen Bellosillo a conocer su casa, la más vieja de las que ocupa la familia. En una piedra que forma parte del zócalo de la sala se lee una fecha: 1535.

Carmen es menuda, usa anteojos y tiene el pelo blanco. Profesora de música, compone e interpreta al piano. Con ahínco

docente adiestra a chicos menores para que canten en la iglesia. Vive con una hermana suya, que ha ido perdiendo la cabeza luego de ser una mujer enérgica y brillante, que formó parte de alguna comisión cuando el Concilio Vaticano II.

La casa es encantadora, con paredes de piedra, vigas anchas y ventanitas estrechas. Los pisos son de tablas, gastadas y en planos no siempre horizontales. La decoran paisajes pintados por Paco, otro hermano, ya fallecido.

Aquí pinta todo el mundo. La mayoría bien. Lourdes, mi cuñada, es ya pintora consagrada y, en estos días, ha participado en la organización de un concurso de aficionados –chicos y grandes, veraneantes y lugareños- que ella ganó un par de veces en oportunidades anteriores.

Carmen nos regaló dos paquetes de “paciencias”, unas masitas elaboradas en Almazán, tan duras que si uno se impacienta y pretende morderlas sin esperar que se hayan empezado a disolver en la boca, seguramente perderá un diente. O dos.

Nuestra amable anfitriona nos despidió tocando “Caminito”.

Resulta muy notable en estas tierras la vinculación con la Argentina. El tramo de ruta que une Derroñadas y El Royo se llama Avenida Buenos Aires. Dos buenas casas que están a su vera son de personas que hicieron fortuna en nuestro país. Una de ellas se autotitula “estancia”, según reza un letrero en el portoncito de entrada. Casi nadie carece de parientes en la Argentina. Un artículo de los estatutos del colegio fundado por los hermanos García Sanz, expresa que el propósito de la fundación consiste en formar a los chicos del lugar para que puedan ir a trabajar en la Argentina debidamente preparados. Me dijeron que lo mismo se hace constar entre los fines de otro colegio, que funcionó o funciona en la vecina localidad de Sotillo del Rincón.

Estos detalles no pueden menos que afectarme, pues me apena considerar lo que va de ayer a hoy. Ayer, mi país visto como una suerte de Tierra Prometida, pródiga en riquezas puestas a disposición de quien se resolviera a obtenerlas trabajando de firme; hoy, las colas de descendientes de inmigrantes españoles que esperan frente a los Consulados con la ilusión de retornar al solar de sus mayores, en pos de un futuro que mi patria parece negarles a sus hijos. ¿Podemos haber cometido tantos errores los argentinos para llegar a esto? ¿Es posible que hayamos dilapidado nuestra herencia en forma irreversible, agotando aquel repositorio de esperanzas para quedarnos con una República en ruinas, sin presente y sin porvenir? Contra toda evidencia me niego a creerlo,

tal como se niegan a creerlo muchos castellanos con los que he conversado, los cuales consideran necesariamente transitoria la crisis que aflige a la Argentina, una nación regalada por la mano de Dios. Tozudamente confío en que el rigor de las calamidades actuales sirva para devolvernos la lucidez y los bríos perdidos, a fin de reiniciar la marcha hacia una meta de grandeza, que intuyo aún está a nuestro alcance conquistar, a poco que nos empeñemos en lograrlo, poniendo sacrificio, inteligencia y poesía en el empeño.

El domingo 5 de agosto cumplimos un encargo de mi hermana Cati. Pues, como se trataba del aniversario número 45 de otro domingo, en el cual se casaron ella y Arturo Ossorio Arana en la iglesia del convento de las Concepcionistas de Ágreda, nos pidió que fuéramos allí a rezar por ellos y sus hijos, saludando a las monjas para conmemorar el suceso.

Con Rosario salimos el sábado a mediodía, en coche, rumbo a Ágreda. Tomamos la ruta de Zaragoza antes de llegar a Soria y avanzamos entre paisajes que bien podrían sintetizar la esencia de Castilla. Montañas azules, robles y fresnos, el oro viejo de los rastrojos, piedras herrumbradas de líquenes, pueblos pardos agrupados en torno a iglesias románicas o góticas, coronadas por

nidos de cigüeñas. Y, sobre todo eso, la limpieza del cielo castellano en un día de sol.

A los costados del camino, carteles con nombres sonoros de poblaciones tales como Omeñaca, Matalebreras, Añavieja, Olvega, Castilruiz, Pozalmuro...

Pronto, al frente, se destaca la mole del Moncayo, la gran montaña que oficia de eje en la región. Que su cumbre esté o no envuelta en nubes permite pronosticar con certeza las mudanzas del clima.

Y hemos dejado atrás el patrocinio del Duero para acogernos al del Ebro.

Ágreda es una ciudad bastante grande, con pueblos tributarios (Muro de Ágreda, Aldehuela de Ágreda...) cuyo personaje central es la Venerable Sor María de Jesús, nacida María Coronel y Arana, venerada por mi padre, consejera de Felipe IV y autora de la “Mística Ciudad de Dios”. El 2 de abril del 2002, vigésimo aniversario de la Guerra de las Malvinas, se cumplirá el 4º Centenario de su nacimiento, para festejar el cual se preparan múltiples actos.

Hemos caminado por la Calle de la Venerable y por la de la Concepción, nos hemos detenido ante la casa en que aquélla vio la luz y de la cual haría su primer convento, previo impulsar la profesión como religiosos de su padre, su madre y sus dos hermanos (¡!).

A poco de llegar vamos a visitar a las monjas, para comunicarles el motivo de nuestro viaje y encomendar la intención de la misa del día siguiente, en acción de gracias. Luego de presentarnos a través del torno, una voz excitada y cantarina nos invitó a dirigirnos al locutorio. Que es un cuarto de medianas proporciones, con un par de cuadros buenos y otro, muy ingenuo y colorido, que representa a la venerable catequizando a los indios en Méjico, cosa que hizo sin salir de Ágreda dado que poseía el don de bilocación. En Méjico los naturales la conocían como “La Dama Azul”, dado el color de su hábito, que se conserva.

Al rato se abrió la cortina que está tras la reja del locutorio y pudimos ver con toda claridad a cuatro religiosas, a saber: Sor María de la Paz, Sor Carmen María, Sor María Margarita y Sor María de la Vega, superiora ésta de la comunidad y, a la vez y a la sazón, cocinera de la misma. Sor María de la Paz y Sor Carmen María estuvieron en el casamiento de Arturo y Cati (a quien llaman Catí), teniéndolo todas muy presente, ya que fue el único celebrado

en la capilla del convento durante sus casi cuatro siglos de existencia.

Las monjas resultaron encantadoras, alegres y parlanchinas, quitándose la palabra unas a otras y sorprendentemente informadas sobre los sucesos de nuestras familias. El recuerdo de papá ocupa para ellas un lugar destacadísimo y nos cuentan que la ayuda que les dio con motivo de “la venta de una finca o algo así”, evitó el cierre del monasterio. Explicaron que lo convenido fue que rezaran para que se obtuviera determinada suma y que, de allí para arriba, la diferencia en más se las entregaría. Resultando a la postre esa diferencia muy apreciable.

También recuerdan a mamá, conservando aún unos ovillos de lana hilada que les hizo llegar. Y al tío Manolo (García Verde), a quien llamaban “El Padre Visitador”. Me hicieron saber que la comunidad es Cooperadora del Opus Dei y les pedí que rezaran por mis hijos. Tarso (García Gallardo) y su mujer estuvieron de visita hace poco.

El convento es amplio, sin forma muy definida, con un huerto de altas tapias y una capilla que cabe llamar iglesia, recargada de mármoles verdaderos y simulados. Al costado se exhibe el cuerpo incorrupto de la Venerable, con hábito y una mascarilla polícroma,

dentro de un sarcófago objetable, de cristal y madera, color crema con detalles dorados, pródigo en angelitos rosados.

Desde una habitación lateral se sube a un pequeño museo, con retratos de época, páginas manuscritas, un hábito de la Venerable, una suerte de cota de malla que usaba como cilicio, un manto para la Virgen –rico y de complicada labor- que en forma milagrosa confeccionó en una sola noche, y una curiosa casulla bordada por ella con motivos y guardas de clara inspiración azteca.

En la ciudad hay varias cosas para ver: la estupenda iglesia dedicada a la Virgen de los Milagros, muy alta, con un delicado juego de nervaduras convergentes, pila bautismal románica y representación pintoresca de uno de los milagros que dio origen a la advocación (la Virgen, que pasaba en procesión, se detuvo por sí frente a los muros de una casa donde, oculto de cualquier mirada, trabajaba un hombre transgrediendo el descanso del día de Corpus). También visitamos la iglesia de San Miguel, cuyo conjunto medieval se puede apreciar muy bien desde una amplia explanada que lo antecede; el palacio de los Castejón, señores del lugar; puerta y parte de la muralla mora.

Dormimos en el Hostal Doña Ana, confortable y puesto con gusto. A la mañana siguiente nos dirigimos de nuevo al convento, para asistir a misa de 12 por la intención pedida. Al llegar nos atajó

la mandadera o guardesa de la comunidad, Marijesús Omeñaca, que nos informó que las monjas nos invitaban a almorzar a las dos de la tarde.

Oímos misa, acompañados por el invisible coro de las religiosas y por la voz poderosa de un feligrés visible, seguramente buen cantor de jotas.

El almuerzo consistió en varios platos, elaborados con productos provenientes del huerto del convento, vino, café... y coñac. Tuvo lugar en una mesa dispuesta en el locutorio, nos acompañó la guardesa, simpática, conversadora, informada, que estuvo siendo chica en el casamiento de Cati y Arturo, recordando la llegada a la ciudad de unos automóviles muy grandes (tres de ellos venían de Derroñadas), como así también que Cati –que se vistió de novia en el convento- tuvo que empeñarse para que Arturo no la viera así vestida hasta su entrada a la iglesia.

Después del almuerzo se abrió la cortina que vela la reja del locutorio y tuvimos otra larga tertulia con las monjas, a las que se había agregado Sor María del Tesoro y otra cuyo nombre no retuve. Charlamos de mil cosas, la superiora me regaló un libro de reciente aparición referido a la Venerable (yo compré una buena edición, en papel biblia, de la “Mística Ciudad de Dios”), dejé una limosna y nos despedimos Dios sabe hasta cuándo.

No nos redujimos a conocer Ágreda. En una excursión llegamos hasta Olvega, llamándome la atención divisar, en el filo de una cresta, numerosísimos molinos, inmensos, destinados a generar energía eólica. Pienso que su vista habría agravado la locura de Don Quijote.

También visitamos Aldehuela de Ágreda, un pueblito aferrado a los contrafuertes del Moncayo. En ambas poblaciones los habitantes festejaban algo y estaban de fiesta. Como en la de Serrat, cruzando las calles, había banderitas de papel, suspendidas de un cordel, verdes, rojas y amarillas.

Pasodobles, salsa, boleros... y rock, atronaban las inmediaciones de las respectivas plazas mayores, donde se habían alzado tablados provistos de todo el aparataje electrónico en boga. Un vasco amable, que veranea en Aldehuela, nos invitó a dormir la siesta en su casa, cosa que no hicimos pero agradecemos.

Peculiaridades del castellano que se habla en España. Decir que alguien “está malo” significa que está enfermo: pero decir que “no está bueno” significa que está loco. Que está loco o “pajarero”,

o sea con pajaritos en la cabeza. Aunque decir que “tiene mala cabeza” no significa eso sino que es farrista y mujeriego.

Con Antonio Urzáiz, Toñín, mi concuñado, he ido caminando hasta El Royo, llevando él como mochila a su hija menor, Guadalupe. Fuimos por abajo, como ya lo hice tantas veces, pero volvimos por arriba, por el monte, por un sendero apenas insinuado. El paseo me permitió conocer dos cosas que merecen conocerse: el extraño artefacto de madera dura donde se metía un caballo para herrarlo y los “torreznos”. Rectángulos estrechos éstos, de panceta frita, que se comen fríos o calientes para acompañar un trago. Resultan deliciosos y Rosario me había ocultado su existencia pues constituyen verdaderos obuses de colesterol.

Durante el regreso pasamos por el sitio, a media falda, de donde se extrajeran a pico y cuñas las piedras empleadas para las construcciones emprendidas por los hermanos García Sanz, más de un siglo atrás. Arrancadas y escuadradas por hombres, las mujeres se encargaban de llevarlas a las obras, bajándolas en carretas.

Hasta hace unos diez años, en “La Casa Grande” se guardaba el Delaunay Belleville, modelo 1910 (aproximadamente), con chapa de Soria SO-14, que perteneciera al bisabuelo de Rosario y que conservara su tía abuela Mercedes. Tenía transportines y estaba tapizado en seda. A Fernando García Llorente, que sabía hacerlo funcionar, le permitían conducirlo y, alguna vez, se lo vio sobrepasar al colectivo local en la ruta, ante el asombro de sus pasajeros, rugiendo a 80 kilómetros por hora. Acoto que la línea de colectivos se llama “La Exclusiva”.

De chico tenía yo el tema fijo de la Edad Media, de los caballeros y los castillos. De modo que, estando en Castilla, tierra de castillos, es natural que me haya propuesto conocer muchos de ellos. Cosa que me produce una repetida conmoción interior, pues no termino de crearme sea cierto poder entrar en el recinto de sus torres, recorrer los caminos de ronda que coronan sus murallas o asomarme a los pasadizos sombríos que conducen a sus mazmorras.

Si a ello se agrega que no hace falta mucha capacidad evocativa para imaginar cómo se viviría y se moriría allí, cómo se rechazarían los asaltos, se sufrirían los asedios y se celebrarían las victorias, cómo se acogería a los peregrinos y a los trovadores errantes o

cómo, sencillamente, transcurriría en ellos la existencia cotidiana, se comprenderá mi estado de ánimo al visitarlos.

El castillo más próximo a Derroñadas es el de Hinojosa de la Sierra, que queda a unos 5 kilómetros, a un costado de la ruta que lleva a Soria.

Hinojosa consta de una magnífica residencia de campo, del XVII ó XVIII, rodeada de una amplia extensión bien cultivada y cercada por tapias. Uno de sus anteriores dueños, pariente de los Medina Sidonia, estaba casado con una argentina, hija del coronel Falcón, muerto por una bomba anarquista en 1910. Con el matrimonio vivía una hermana de ella y se llamaban Tota y Clota.

Hay que subir para llegar al pueblo, consistente en unas pocas casas antiguas con una capilla y un cementerio muy chico, incrustado en la muralla del castillo que corona el conjunto. Éste se encuentra derruido, conservándose los zócalos de su planta y dos altísimos muros, formando ángulo recto, que corresponden a su torreón principal, cuadrado, con restos de barbancas y angostas saeteras. Algunos matorrales crecen dentro, pudiéndose observar los alojamientos donde encajaban las vigas que sostenían los pisos sucesivos de la torre. El panorama de la vega del Duero que se ofrece desde esa atalaya es magnífico.

Otro castillo visitado fue el de Calatañazor, “donde Almanzor perdió el tambor”. ¿Por qué allí perdió Almanzor el tambor? Pues porque el caudillo moro fue derrotado en ese lugar, en una batalla decisiva que algún escéptico considera mítica. Todo el pueblo que oficia de peana para el castillo –muy deteriorado- es precioso, medieval en su totalidad, de calles empinadas, y en él un vecino ha ido montando su museo particular, conformado por viejos objetos que ocupan dos habitaciones de tamaño mediano. En el mesón lugareño Rosario comió codornices y yo costillas y lomo de cerdo “a la olla” (hervidos y freídos luego), con patatas (papas, en criollo), acompañado todo por un vino rosado, fresco, muy puesto en razón.

También fuimos al castillo de Berlanga, vértice de la villa de ese nombre, concedida al Cid por el rey Alfonso VI. Además del Campeador, que batalló por esos montes y valles, es personaje destacado del lugar Fray Tomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, en Indias, descubridor de la Isla Galápagos y cuya estatua, en la plaza principal, tiene a sus pies una enorme tortuga y un cocodrilo. Hasta hace poco, en una iglesia, se conservaba uno de éstos disecado –“el lagartón”-, traído de América por el fraile para asombro de sus paisanos.

El castillo se encuentra, como siempre, en “la cresta militar”, según lo que me enseñaron durante la conscripción. Construido

sobre la base de una fortaleza mora, posee dos recintos amurallados, uno exterior y otro interior, con torres de sección circular. Se conserva en condiciones bastante buenas y se puede recorrer parte de un pasadizo que baja hasta sus profundidades lóbregas.

Mencionaré asimismo el imponente castillo de Gormaz, el más grande de Europa, el perímetro de cuyas murallas tiene un kilómetro de desarrollo. Como equivocamos la ruta llegamos a él por un camino rural, a campo traviesa.

Ocupa toda la extendida cumbre de una sierra que divide dos valles, recorrido uno por el curso del Duero.

En el sector que incluye la Torre del Homenaje se conservan las cisternas, que recogían agua de lluvia y la que traían desde afuera. Trepamos torre arriba, superando pasos difíciles, que no deberían estar abiertos al público, hasta alcanzar su punto más elevado. También recorrimos parte del camino de ronda, hecho en el espesor de la muralla.

Y nos llamó la atención el amplio sector destinado a servicios auxiliares, como ser cuadras y corrales, con una alberca para que bebieran las caballerías. Del suelo de esa parte del castillo recogí un trozo de alfarería, que me recordó los pedazos de cacharros

indígenas que descubriamos en los médanos de la provincia de Buenos Aires o en los “paraderos” de Lihué Calel. Como Rosario se mostraba escéptica respecto a la naturaleza y vejez de mi hallazgo, consultado sobre el particular Javier, otro de mis cuñados, que es aficionado a la arqueología y conoce el tema, dictaminó: “no, no es antiguo, apenas será de la Edad Media”.

Por último, desde el ómnibus que nos llevó de Soria a Madrid, pude ver el castillo de Tarija, íntegramente reconstruido, piedra a piedra, por los vecinos del lugar, orgullosos de él y resueltos a transformarlo en atracción turística.

Hoy, en Derroñadas, fue enterrado Cecilio, el carbonero. Vivía con su mujer en El Royo, donde ejercía su oficio. Era viejo y había llegado hace mucho desde otro pueblo. Nos despertaron las campanas de la iglesia, convocando a la misa de difuntos que don Abel, el párroco, celebró allí. Precedido por una cruz con crespón violeta que portaba Tomás –el sacristán/alcalde- llegó el ataúd, llevado a hombros por cuatro hombres, fornidos y maduros. La iglesia estaba llena.

Concluida la ceremonia partió el cortejo, monte arriba, por un camino bordeado de grandes árboles. Dobló cerca de la fuente de El Caño y trepó la cuesta que conduce al cementerio.

Con cuerdas bajaron el cajón hasta que reposó en una fosa poco profunda, calzada en ladrillo, sin piso. Luego, los operarios encargados de tal tarea clausuraron la excavación con viguetas transversales de cerámica roja, que cubrieron con una capa de cemento fresco que tenían preparado en una carretilla. Más tarde, al secarse la mezcla, esta capa será a su vez cubierta por otra de tierra.

El sacerdote rezó en voz alta algunas oraciones, los presentes lo acompañaron en el Padrenuestro y algunos se acercaron para saludar a la viuda, una viejita desconsolada que se mantuvo muy erguida mirando la tumba.

Desde que el cortejo saliera de la iglesia, las campanas de ésta doblaron a muerto, alternando un tañido grave y otro más agudo con lenta cadencia.

Hoy, en Castilla, he asistido a lo que se entiende por un entierro cristiano. Al entierro de Cecilio, el carbonero.

Y ya que he hablado del oficio de Cecilio, diré que en El Royo hay quien ejerce otro, no muy corriente. Se trata de Cesáreo el Músico, el cual toca de oído una dulzaina u ocarina para animar las fiestas populares. Como emblema de su arte, sobre la puerta de El Músico luce pintada una lira.

No todo aquí, sin embargo, es sabor local. La presencia mayoritaria de los veraneantes se hace notar también. Y, así, abundan los coches buenos, las 4x4, los teléfonos celulares y las bicicletas con muchos cambios. Un lugar de encuentro es la costa del río (Duero), que corre veloz entre una vegetación espesa y para llegar al cual se ha de cruzar una extensa planicie libre de árboles: Las Eras. La gente se baña y lleva viandas para comer cerca del agua. Los muchachos más osados se tiran corriente arriba, a veces desde el puente de Vilviestre, y bajan nadando entre rápidos, piedras y remolinos.

Otra característica de Derroñadas es la abundancia de chicos, desde lactantes hasta adolescentes. Pululan por todas partes, se agrupan en bandas y facciones, emprenden actividades tan variadas

como buscar el escondrijo de las víboras, deslizarse cuesta abajo sobre tablas o armar campamentos en rincones propicios. Hoy por hoy, uno de los personajes notorios del elenco es Fátima, hija de “María hermana” y Toñín, que no se separa de Tambor, un conejo de trapo regalado por Rosario, ni abandona un sombrero que fuera de ésta y que le queda enorme.

En cuanto a los adolescentes varones, se muestran a la sazón muy solícitos con una primas en tercero o cuarto grado, muy bonitas por cierto y que han desembarcado en estos días.

A Vilviestre de los Nabos se llega atravesando Las Eras y un puente angosto sobre el Duero. Como algunos ejecutivos de Madrid lo han elegido para pasar sus vacaciones, presenta el contraste de casas nuevas o remozadas y otras en estado de abandono o ruina: la iglesia –buena, antigua- se halla casi en esta última condición.

La enfermedad que dio cuenta de los olmos en Europa y que liquidó los que cobijaban la iglesia de Derroñadas, también secó uno, inmenso y secular, que se alzaba en Vilviestre. Hoy, dentro del perímetro de su tronco cortado al ras, crece otro aparentemente saludable.

Fuimos a Vilviestre caminando.

Una asociación cultural que incluye a Sofi Goyenechea y a Maite Medrano montó, en la iglesia de Derroñadas, un espectáculo de luz y sonido referido a ella. Entre los datos aportados figuran los siguientes: que la construcción inicial sería del siglo XIII; que sobre la misma se volvió a construir en el XVI, agregándose más tarde la torre al conjunto; y que el retablo, labrado e instalado en la segunda mitad del 1500, tiene por autor a un tal Pedro del Cerro. Me llamó la atención el interés despertado por el encuentro, ya que la iglesia estaba de bote en bote, con mucha gente llegada desde pueblos vecinos.

Por una avería en el suministro, Derroñadas y El Royo están escasos de agua. Hay cortes, se la debe administrar, y me he divertido oyendo eruditos debates vinculados con la existencia, aprovechamiento y titularidad de fuentes y surgentes, que me recordaron, inevitablemente, a las películas francesas “Jean de Florette” y “Manon de Manantial”.

Nos invitaron a almorzar Josemari Prado y su mujer, Maruja. La casa está en la zona de “La Cerrada”, es buena y tiene una excelente vista de la vega. En conversación con Gildo, de sobremesa, Josemari recordó cómo se armaron para defender el pueblo cuando, en 1936, los obreros que construían la presa avanzaron sobre él, siendo finalmente contenidos por los Torroba, según ya lo he relatado. Y recordó asimismo haber ido en bicicleta hasta una localidad relativamente alejada, Almarza, viendo llegar desde allí las columnas de requetés que plegaron la zona al Alzamiento. Venían, evocó, montados en vehículos heterogéneos –camiones derrengados, camionetas, algún automóvil-, con el armamento más variado –fusiles de todo tipo, escopetas, armas de puño-, jóvenes y viejos, luciendo todos sus boinas rojas, que eran el único elemento que los uniformaba y que ponía una nota de vivo colorido en el conjunto. Él y Gildo hicieron la guerra en tercios del requeté. Gildo, que era muy chico, para hacerla se escapó de su casa. Restituido a ella por los buenos oficios del tío Manolo García Verde (que movilizó al general Vigón, en cuyo Estado Mayor revistaba), obtuvo luego la autorización paterna y se incorporó al tercio de San Rafael.

Entre las múltiples iniciativas que se acometen en Derroñadas, hemos participado de una singular. José Luis Goyenechea organizó en su casa una “cata” (degustación) de vinos argentinos, naturalmente de la bodega Goyenechea. Concurrió mucha gente, José Luis ofició de maestro de ceremonias con aplomo, naturalidad y erudición. En lo que me atañe, aprendí muchas cosas referidas al noble tema que nos convocó. Entre otras, me enteré del lugar destacado que ocupa la Argentina en la producción mundial de vinos, de sus excelentes perspectivas en ese campo y de que, hoy, la firma Goyenechea es la más antigua de las que siguen operando en el país y permanecen en manos de sus viejos propietarios.

Tulio (“Tulio hermano”), llegado de Portugal con María su mujer e hijos, trajo de allí un delicioso queso de leche de oveja, fragante y con consistencia de Camembert, del cual dimos cuenta velozmente. Lo pasaron muy bien en el pequeño pueblo donde habían tomado una casa, pese a que en el mismo la cantidad de tontos, en sentido estricto, superaba largamente la media habitual. En Soria los niveles en la materia son los normales: uno o dos por pueblo.

Aquí las tormentas vienen del lado de la represa. Llegan con rapidez y van ocultando las sierras con un velo violeta, de trama oblicua, rasgado por muchos chispazos eléctricos. Ya hemos tenido cuatro, dejan un chaparrón y se alejan con un redoble decreciente de truenos en fuga. Tras su paso quedan limpios los follajes y liviano el aire, saturado de aromas vegetales.

Por estas fechas la gente sale de noche para observar la “lluvia de estrellas” prevista por los astrónomos. Fátima (“Fátima hermana”), que anoche se quedó un buen rato cara al cielo, vio caer ocho. Yo, que no lo hice, fui sorprendido por la caída casi vertical de una, enorme, que se deshizo en un reguero de talco hasta perderse tras la copa de un cedro próximo.

Mediados de agosto es tiempo de celebraciones en la zona. A la de la Asunción sucede, en efecto, la de san Roque; y a ésta la de “San Roquito”, cuyo motivo y razón no he logrado dilucidar. Tengo para mí que se trata de una yapa o apéndice destinado a que los fieles se repongan de las dos primeras. Algo así como el día de “San Perón” con respecto a los festejos del 17 de octubre en la

Argentina, allá por fines de los 40 y principios de los 50, formuladas las debidas salvedades.

El 15 de agosto, además de celebrarse en Derroñadas a la Virgen del Rosario, en Vinuesa se honra a la Virgen del Pino, patrona del lugar. Su imagen románica fue sustraída de la iglesia por vecinos de otra localidad. Fracasado un intento de recuperación llevado a cabo por los hombres, fueron las mujeres quienes se encargaron de la operación, con éxito. Debido a ello, desde entonces, el día de la Virgen del Pino, en Vinuesa, las mujeres se encuentran facultadas para azotar a los hombres con ramas de pino (“pinochas”), no estando permitido a los atacados defenderse, para seguir pagando así la cobardía demostrada siglos atrás. En lo que me respecta, fui castigado en varias oportunidades mientras recorría las calles lugareñas en tal fecha, plena de riesgos para los varones. Las agresoras –las más peligrosas son las chiquitas, que cumplen a conciencia su misión punitiva- están ataviadas de “piñorras”, es decir con el colorido traje regional de las mujeres que recogían piñones. Llevan un mantón profusamente bordado sobre fondo negro o rojo. La falda, larga, es colorada, con dos o tres rayas negras paralelas al ruedo.

Abundan las mujeres de toda edad que visten de ese modo con toda naturalidad. Dos sobrinas de Rosario estaban así ataviadas y

ella misma ha ido muchas veces con su traje de “piñorra” a las fiestas de Vinuesa.

Después de una ceremonia en que los portaestandartes piden la venia a las autoridades para iniciar la procesión, exhibiendo sus habilidades al hacer flamear en círculo los pendones a ras del suelo, las imágenes de la Virgen del Pino y de San Roque se ponen en marcha para recorrer varias calles, al son de la música y entre los estallidos intermitentes de unas bombas de padre y señor mío.

En sendas plazas estaban plantados los pinos que, despojados a hacha de sus ramas y debidamente engrasados, intentarán trepar los jóvenes en procura del jamón que, colocado en la punta, obtendrá como premio el que lo alcance.

Entre el público presente tuve la fortuna de distinguir a El Músico, aquel artista del que ya me he ocupado, que mostraba sus solapas consteladas de medallas y portaba un morral signado por la lira que, a manera de blasón, adorna el frente de su casa en El Royo.

Quizá como réplica al secesionismo de ETA, la ciudad mostraba banderas españolas en todas partes, destacándose por su tamaño la que lucía en casa de Sara Torroba (que murió en estos días y a cuyo funeral asistimos), la cual ocupaba de punta a punta un extenso balcón corrido.

El de ETA es un problema cuya gravedad los argentinos no llegamos a advertir, así como los españoles no advirtieron la del que a nosotros nos planteó la guerrilla, admitiendo sin beneficio de inventario las versiones difundidas en Europa por las Madres de Plaza de Mayo y otras organizaciones afines a las escuadras terroristas que actuaron en los 70. En cuanto a los atentados etarras, han suscitado en España un cierto recelo –injustamente generalizador- respecto a los vascos. Determinando también otra reacción, saludable ésta, que se manifiesta en darle a la bandera nacional toda su dimensión patriótica, para responder así al hecho de que enarbolarla o llevar sus colores en la solapa haya llegado a ser peligroso en varias provincias del norte.

La Laguna Negra se encuentra muy alta, entre los picos de Urbión, a menos de 20 kilómetros de Vinuesa. Se sube por un camino lleno de curvas, entre pinares, grandes rocas grises y el verde de los abundantes helechos que alfombran la empinada cuesta.

Incrustada entre farallones imponentes, se dice que no tiene fondo y el agua se ve, efectivamente, negra como tinta.

Hasta que Hermenegildo García Verde –abuelo de Rosario, pintor y ex capitán del Athletic de Bilbao- cruzó nadando el helado espejo, se afirmaba que ello era imposible pues, antes de alcanzar la orilla opuesta, una mano descomunal surgía de las profundidades, arrastrando al abismo a aquel insensato que intentara tan descabellada empresa. Hoy, anualmente, se disputa una carrera que consiste en atravesar a nado la laguna.

El 17 de agosto, festividad del enigmático San Roquito, mientras me vestía, oí a lo lejos una música como de tambores y gaitas, acompañada por un repicar de cencerros, que se aproximaba con intervalos de silencio.

Se trataba de “los mozos”, sobre cuya aparición más o menos temible, a cualquier hora de tal fecha, ya me habían prevenido.

Pues ocurre que los muchachos del lugar, como culminación de una noche de baile y vino, recorren las calles bastante bebidos, acompañado su paso por una bandita (mejor o peor según el año) y ofrecen un trago de azucarado mosto, siempre de pésima calidad, pidiendo en cambio una contribución con destino incierto pero presumible. Negarse a darla resulta temerario, ya que “los mozos” suelen ir cometiendo tropelías a su paso, como ser obstruir

desagües, chapotear en las fuentes públicas para disipar vahos alcohólicos o emborrachar una burra, como sucedió tiempo atrás.

Este año se portaron bien. Salí a la puerta, acepté un trago de presunto moscato, les dí mil pesetas y disfruté de la música, alegre, que interpretaban cuatro ejecutantes maduros, con dos clarinetes cortos y dos tambores, hasta que el animado grupo –unas veinte personas- siguió su marcha y dobló la esquina.

Los argentinos hemos mirado con cierta suficiencia indulgente las aptitudes ibéricas para la práctica del fútbol. Es hora de rectificar esa actitud. He visto jugar varias veces al equipo de Derroñadas, formado íntegramente por veraneantes de la familia, entre los que se cuentan en primer lugar los hermanos Plasencia, andaluces ellos, primos de Rosario (son siete –amén de cuatro mujeres- y a uno le ofrecieron jugar en el Betis), como así también un par de argentinos (hijos de José Luis Goyenechea), y Felipe, Pablo y Álvaro Martínez Alcalá, sobrinos de Rosario. Y la mueven, como decimos nosotros. Hasta el punto de exhibir algún exceso de devoción por el toque y la pisada, propios del Río de la Plata. Eso les costó perder 1 a 0 contra El Royo, en cancha grande (confrontación tradicional que habitualmente gana Derroñadas), pero les ha servido para ganar el torneo de fútbol 5 entre pueblos

de la zona, en cancha chica. Fuimos a ver la semifinal en Valdeavellanos, donde Derroñadas se impuso a los locales por 5 a 2. Tampoco me perdí la final, en que los nuestros (ya los considero así) se consagraron campeones ante Almarza por 7 a 1. Pablo estaba de suplente, ausente Álvaro y Felipe lesionado, de modo que el equipo formó sólo con los Plasencia: Ignacio hizo 6 goles –es un goleador nato-, Augusto manejó el medio campo y Miguel, calmoso, atajó todo en el arco.

No puedo omitir un párrafo sobre la misa dominical en Derroñadas. A la cual convocan las campanas con los tres toques de rigor. Salvo excepción, se celebra a la mañana, oficia don Abel o algún sacerdote en tránsito, de la familia o del Opus Dei, cuando no ambas cosas a la vez. Hace de acólito Tomás, el alcalde. Muchas cosas contribuyen para que el ambiente sea recogido. Hasta los chicos, numerosos, no meten barullo.

La nave se llena, comulga casi todo el mundo y, con frecuencia, las buenas voces de varios de la familia (Tellos, Goyenecheas, niños entrenados por Carmen Bellosillo) se conjugan para cantar algún motivo religioso, que logra emocionar.

También el atrio de la iglesia fue teatro de una reunión de índole muy diferente. Allí nos convocó Toñín para beber una “queimada”, próxima la medianoche. La queimada combina aguardiente, limón y azúcar, se le prende fuego y se la sirve caliente, en cuencos de barro, siendo asimismo de barro el recipiente empleado para prepararla. Recuerda a las bebidas de campamento montañés. Dado su origen gallego –gallego de Galicia- al ritual, que se celebra a oscuras, iluminada la escena solamente por el alcohol en llamas, no son ajenas las brujas (“meigas”), contándose durante su transcurso relatos pavorosos vinculados con ellas.

Amén de las historias de brujas, la convocatoria de Toñín incluyó una sesión de cantos, que en buena medida estuvieron a cargo de Lolita Bellosillo, viuda de Tello, y su hija Fátima, que tocó la guitarra. Lolita ya nos había invitado a una reunión nocturna, en su casa, donde, ausente Fátima, su hermano Pedro llevó la voz cantante (literalmente hablando), acompañado en la emergencia por su madre y Genari García Llorente, madre de los Plasencia. Otra noche hubo guitarreada en “La Casa Grande”, aprovechando la presencia de Lágrimas García Gallardo, que asumió el rol estelar. Los repertorios incluyen siempre gran

cantidad de canciones argentinas, muchas de Cafrune. Y yo pedí especialmente que me hicieran oír habaneras, guajiras y colombianas, que me encantan, ya que combinan delicadamente la gracia andaluza con la dulzura de América, pobladas sus letras de goletas, amores marineros y nostalgias de orillas que se requieren recíprocamente. Tal como reza una de ellas:

*La Habana es Cádiz con más negritos
y Cádiz es La Habana con más salero.*

Si Hemingway, que sabía bastante de España y de Cuba, hubiera conocido a Antonio el Patagán, lo habría inmortalizado.

Hoy me preguntó cuándo vendría a visitarlos mi hermana María Jesús. Le respondí que no lo sé, pero que seguramente tendría mucho gusto en hacerlo. Luego le pregunté yo:

-¿Seguís cazando?

-Sí.

-¿Qué?

-Codornices.

-¿Con qué?

-Con escopeta.

-¿De qué calibre?

-Del doce.

-¿Grande?

-Grande

-Para otros bichos ¿utilizás postas?

-Mira, están prohibidas. Pero siempre llevo algunas. Si las fabrican es una tontería prohibirlas. Y tú ¿eres cazador?

-Cuando era joven le tiraba a todo lo que se moviese. Pero un día, en una laguna, maté un pato con revólver y después me di cuenta de que era una pata, porque se le acercaron varios patitos. Desde entonces no me gusta tirarle a blancos vivos.

-A mí ahora me ocurre lo mismo. Hace poco vi una cochina con javatos y la dejé ir... ¿Así que mataste un pato con revólver? Tiras bien.

-Fue casualidad.

-Eso dicen los que saben. Una tarde de éstas ven a verme y hablaremos de jabalines.

Invitados por Pili y Francisco Goyenechea, el encuentro tuvo lugar en su casa, jamón de jabalí mediante, aportado por Antonio.

Nuestra Señora del Castillo es la patrona de Derroñadas y el El Royo. Se trata de una imagen muy antigua y la capilla (casi iglesia)

que le está dedicada se encuentra bien arriba, en la sierra. Se puede subir derecho, caminando entre los árboles, o por un camino de ripio, en automóvil, hasta alcanzar la explanada del santuario (estrecho, de piedra, con espadaña y un aire que evoca su origen guerrero). El paisaje que se divisa desde el campanario es precioso e incluye parte de la presa. Cuando subimos con Rosario se aproximaba una gran tormenta, con mucha electricidad, de modo que abandonamos pronto aquel observatorio, ya que la vecindad de las campanas bien podía convocar al rayo. Huellas de cuyos zarpazos se advierten en muchos grandes robles de la zona.

Otro dicho que hemos repetido estos días lo trajo Fátima, mi cuñada, y proviene de una amiga suya, andaluza:

No es por no ir.
Si hay que ir, se va.
Pero ir por ná...
es tontería.

Ayer fue un día fresco. Ya se ven pocas golondrinas. Y, en las proximidades de la capilla de la Virgen del Castillo, han aparecido

las primeras “despachapastores”, unas florcitas de color entre rosado y violáceo cuya aparición coincide con la época en que comenzaban a partir los pastores para trashumar sus rebaños. Señales todas de que se aproxima el otoño, preludio del duro invierno soriano.

Y yo no he podido menos que recordar dos cosas: que sólo faltan pocos días para que emprendamos el regreso y aquella vieja canción que dice:

Ya se van los pastores para Extremadura,
ya se queda la sierra triste y oscura.

Como nosotros, los demás veraneantes van preparando el retorno. El retorno al norte y al sur, a sus actividades habituales, a las oficinas, a los negocios, a los libros de estudio ante exámenes inminentes. Los adolescentes dejarán atrás algún enamoramiento estival, que difícilmente sobreviva la separación. Los mayores seguirán luchando por la vida y educando hijos. Los viejos, callándolo, se preguntarán si será éste el último encuentro en “la tierra”. En la tierra donde transcurre nuestra vida temporal, preludio de la eterna, o, específicamente y sin connotaciones

sobrenaturales, en el terruño castellano donde arraigan sus orígenes y que aquí llaman escuetamente así: “la tierra”.

¿Y qué puede decir de sí este paracaidista, autor de los presentes apuntes, destinados a recordar mañana las impresiones y noticias recogidas a lo largo de un mes pródigo en experiencias?

Diría que me invade un sentimiento de gratitud hacia la Providencia que, anudando tiempos y circunstancias, me ha permitido observar, palpar y compartir un tramo de existencia que no entraba en mis cálculos. Un tramo de existencia para transitar el cual se conjugaron contingencias y avatares que jamás pude prever y que sólo me cabe celebrar: la extraña y súbita irrupción de mi cariño por Rosario, la aún más extraña correspondencia de ésta y la conformidad al respecto de los suyos y de los míos, la larga vinculación de nuestras familias, mi actual disponibilidad de tiempo y el contar circunstancialmente con los medios requeridos para realizar el viaje, la salud que ayuda, la afinidad en cuestiones fundamentales que permiten formular juicios coincidentes...

Son muchas las cosas que debo agradecer. También la simpatía y afecto con que me ha recibido toda la extensa parentela de Rosario, que se da cita en Derroñadas y cuyos integrantes me

abstengo de mencionar taxativamente para no incurrir en omisiones imperdonables.

Para mis hijos, para mis hermanos, para mis amigos, llevaré estos apuntes a la Argentina, con intención de incorporarlos así a nuestras andanzas sorianas.

Gracias suegros por su hospitalidad (a Rosario madre, gracias por su cordero con pimientos).

Que la Virgen del Castillo nos guarde a todos.

Ya se van los pastores para la majada,
ya se queda la sierra triste y callada.

Derroñadas, 20 de agosto del 2001

TRÍPTICO CASTELLANO

I

DESCENSO DEL DUERO

Nacido en los picachos imponentes
del Urbión, entre moles de basalto
donde titilan cristalinas fuentes
que suscitan reflejos en lo alto.

Sorteando los pinares baja el Duero
y se explaya, su curso detenido
por el embalse que ha cubierto entero
un silencioso pueblo sumergido.

A partir de ese embalse sigue, ahora
ceñido por el verde de la orilla
hasta alcanzar la Vega del Cintora

y asociarse al milagro de la trilla,
por besar su corriente bienhechora
los trigales dorados de Castilla.

II

PUEBLO DE SORIA

Un puñado de casas con techumbre
de tejas y paredes levantadas
mediante piedras de color herrumbre
entre sí sabiamente concertadas.

Un castillo ruinoso con su torre
cuadrada, donde anidan las cigüeñas,
y un resto de muralla que recorre
el perfil afilado de las peñas.

Una iglesia con recios capiteles,
los sarmientos nudosos de una vid,
escudos blasonando los dinteles.

Y marchando al destierro o a la lid,
seguida por algunos de sus fieles,
la sombra metafísica del Cid.

III

MISA EN DERROÑADAS

Bajo las convergentes nervaduras,
ante el altar de fábrica barroca
y mientras la campana en las alturas
con su triple repique la convoca;

como ayer, como en épocas futuras,
reunida la familia se coloca
en los bancos, llegando sin premuras
por cada cuesta que la iglesia emboca.

Misa dominical de Derroñadas,
donde coinciden jóvenes y viejos,
que en respuesta a recónditas llamadas,

derivadas de vínculos añejos,
regresan a unas tierras añoradas
con secreta nostalgia, desde lejos.

(A este texto se deben agregar otros cuatro sonetos, que
figuran en “Mis Documentos” como “derroñadas 2”).